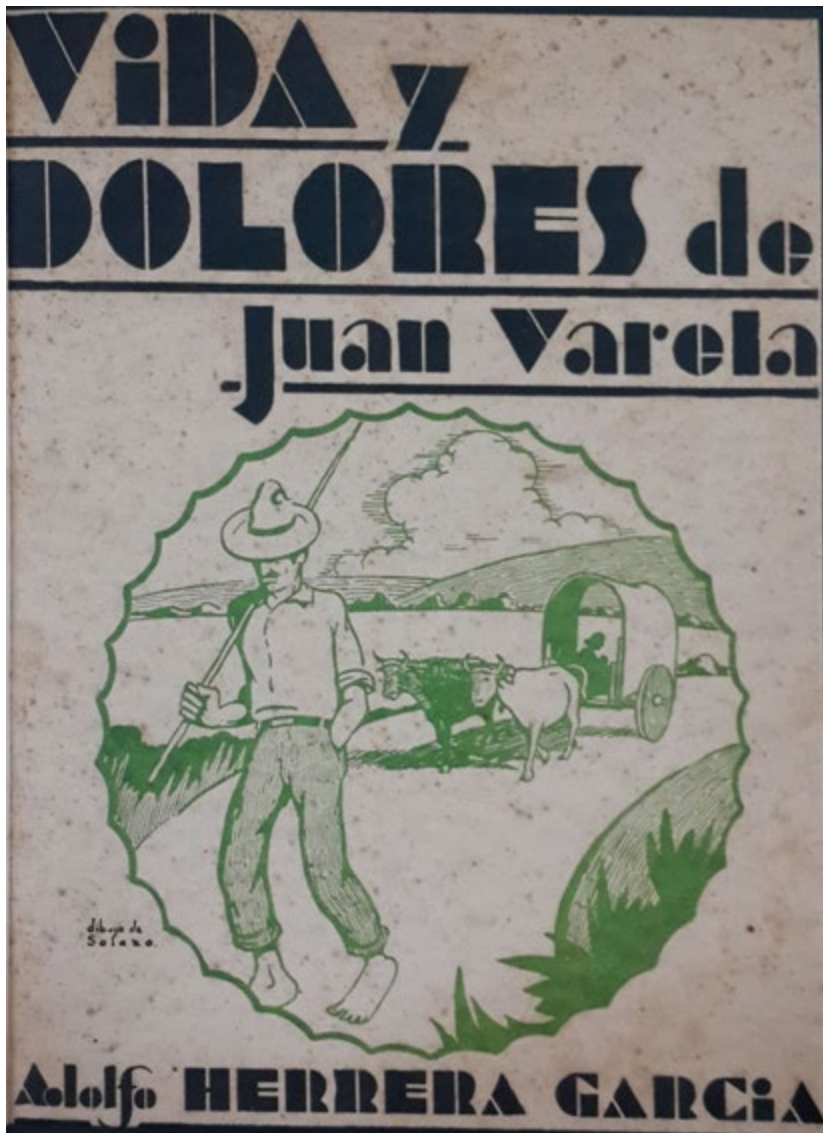


37 Vida y dolores de Juan Varela

Adolfo Herrera García



En el año mil novecientos treinta y nueve, Adolfo Herrera García publicó *Juan Varela* su primera novela que es la biografía baladí de un hombre sin importancia.

En ella se destaca, en primer término, un estilo especial de oraciones cortas, a veces con voluntaria transposición de palabras. Son como golpes de azada que van abriendo surcos de los que brotan, sin hacerse esperar, imágenes bellas sentimientos hondos y muy nobles ideas.

Ana y Juan. Dos años de noviazgo. Una fuga de una realidad amarga hacia otra realidad. Van hacia lo desconocido. Allí, los espera con sus promesas nunca cumplidas, un pedazo de tierra, de mala tierra, con multitud de serpientes.

A hachazos jadeantes voltea el recién llegado, los troncos seculares. Siembra en surcos. Siembra en el cuerpo delicioso de la mujer adorada. Dos razones de vivir. El maizal de renuevos glaucos. El hijo de carnes frescas y rosadas. Ambos amores le inspiran esperanza que ahuyentan el sigiloso cansancio.

Hay, en el libro, en esos momentos estelares de la vida que un anónimo, rápido toque tanto de mano maestra para dar una idea fugaz y eterna del paisaje y sus colores, del bosque y sus trinos, del río y sus esquivances, de las faenas y sus anhelos, de las almas y sus inquietudes.

Luego, la triste odisea en busca de un mercado propicio para la cosecha que tanto ha costado y por las que tan poco dinero se ofrece.

De nuevo, la siembra. Se escucha, como en una tierna plegaria, la voz suave de la esposa que alienta. ¡Siempre la mujer campesina sembrando esperanzas!

La suerte que, como hembra de la ciudad, engaña. La entrega del terruño que no supo colmar anhelos. La tragedia del desterrado. La búsqueda del pan de todos los momentos en las labores prohibidas. Existencia de contrabandistas, de sobresaltos, de congojas, de temor, no a la vida misma, sino a los hombres que, fácilmente de buenos se convierten en malos.

La delación; el crimen. La entrega voluntaria de Juan Varela a las autoridades que no saben leer en las almas. Por algo quisieron y aceptaron el derecho de impartir justicia.

La vida en la prisión adonde llegan, de pronto, las noticias que nunca creyó recibir. La muerte del hijo mayor en el que recreaban orgullosas sus miradas. La huida de la mujer que no supo, que no quiso esperar. Buscó otro amparo, tal vez otro amor que, para siempre, ha de alejarla de Juan Varela, el hombre que nunca le tuvo miedo al destino.

Los tipos son de una indiscutible realidad: ese Juan Varela vale mucho en nuestra breve literatura. También es de un relieve profundo aquella mujer, Ana, que quiso llenar de valor al compañero cuando le pareció verlo vencido. Que no pudo saturarse de esa misma energía cuando creyó ser ella la derrotada.

Flota sobre las páginas del libro, como se mece por encima de las vidas de muchos hombres, la pesadumbre de las supremas injusticias.

De nada sirve, pareciera decir el relato angustioso, de nada sirve, ser bueno. No para ganar el paraíso de la promesa jamás cumplida, sino para que otros, que han de corresponder con ingratitudes, talvez inconscientes, encuentran su felicidad, su cielo en este valle de lágrimas.

El maestro que da el consejo de profundo valor bíblico, no sabe actuar sino oscureciendo sus aspiraciones en los humos invisibles del aguardiente clandestina, de sabor áspero que despierta en los labios las dulzuras de la misma miel de la caña.

Por el libro se siente, se escucha el paso tardío, pero seguro de la tranquila fatalidad.